

LA ESCUELA DEL ABURRIMIENTO

sextopiso

LUIGI AMARE

La escuela del aburrimiento

La escuela del aburrimiento

LUIGI AMARA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Este libro se escribió con el apoyo del
Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Copyright © Luigi Amara, 2012

Primera edición: 2012

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012
París 35-A
Colonia del Carmen
Coyoacán, 04100
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Camp d'en Vidal 16, local izq.
08021, Barcelona, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-15601-05-0
Depósito legal: M-23466-2012

Impreso en España

Para Vivian, al otro lado del aburrimiento

ÍNDICE

La habitación de Pascal	15
Una temporada conmigo mismo	93
Horas muertas	175
Apéndice	281
La Internacional Bostezante	

*No son los males violentos los que nos marcan,
sino los males sordos, los insistentes, los tolerables,
aquellos que forman parte de nuestra rutina y nos
minan tan meticulosamente como el Tiempo.*

E. M. Cioran

Un día encontré al aburrimiento echado en mi sillón, las manos detrás de la cabeza, desparramado a sus anchas. Estaba allí, se diría que esperándome, aunque en realidad no parecía esperar ya nada de nada. Me miraba fijamente, sin curiosidad, sin emoción, y yo en cambio no podía sostenerle la mirada. Lo eludía y más bien me comportaba como si él no estuviera allí, en mi propio sillón, con esa pinta desenfadada de inquilino incómodo, con ese aire de desafío que adoptan los que ya no piensan irse nunca de la casa.

Aunque se había apoderado de mi habitación, lo que más me desconcertaba era no conseguir mirarlo de frente; había algo en su presencia bostezante que me hacía sentir un intruso; algo en sus facciones, en su manera insistente y hueca de mirar, me arrastraba hacia un extraño abismo de somnolencia, atormentándome con la pregunta «¿para qué?» Incapaz de convivir con él, pasaba la mayor parte del día fuera de mi departamento. Vagaba por las calles sin ninguna dirección, del mismo modo intranquilo y sediento con que Louis Aragon iba a la deriva por un París que empezaba a derrumbarse. Entraba a un café y, al cabo de unos minutos, me salía; visitaba un museo: me salía; compraba un libro: lo dejaba. Podría haber incluso asesinado: ¿para qué?; también podría haberme matado: desistía. Al rato entraba simplemente a otro café. Es posible que hubiéramos intercambiado papeles y, abriendo y cerrando puertas sin curiosidad, abandonando planes sin motivo alguno, me hubiera convertido en el Espectro Errante del Aburrimiento. Probablemente para entonces mirara a la gente en la calle con la misma distancia inquisitiva que él me regalaba en todo momento.

Como estaba claro que no tenía intenciones de marcharse y ya en el sillón se había marcado su contorno, la tibia insolencia de su peso, decidí probar a hacer su retrato. De esa manera —pensé—, me obligaría al menos a mirarlo de frente. Tal vez la misma tarea de pintarlo, de ensayar toda clase de bocetos del natural, sería una forma de contrarrestarlo, de hacer que desapareciera; quizá de ese modo su figura odiosa se trasladaría al papel en una suerte de conjuro.

Tengo que reconocer que no se ha ido. Tengo que reconocer que, como un hábil y silencioso extranjero, se ha establecido en mi cerebro con la misma desfachatez que antes desplegó en mi sofá. Y tal vez porque ya habíamos intercambiado papeles descubrí que en el retrato, en ese retrato obsesionante y maléfico, que me hacía bostezar continuamente y al mismo tiempo me quitaba el sueño; en ese retrato con el que fastidiaba a medio mundo, con el que empantanaba cualquier conversación y que al final del día terminaba por doblegarme, por hundirme en un estado plomizo y fúnebre; en ese retrato acaso del todo imposible, que ya antes otros intentaron sin demasiado éxito, quizá porque se requiere de mucho talento para pintar el vacío, o quizá porque en este caso el modelo se mueve demasiado poco y acaba por contagiarnos su desgana, su hastío, su sopor; en ese retrato, decía, descubrí que fue apareciendo mi rostro.

LA HABITACIÓN DE PASCAL

Aburrirse —sentirse infinito. Percibir cada latido de nuestro pulso, cada rayo de luz o gota de agua que cae, cada murmullo que se produce, cada emanación que se exhala; percibir lo inmediato y lo lejano, lo imponderable y lo fácil, lo perenne y lo sombrío y lo evidente o confuso que pudiera haber en cuanto nos rodea, en cuanto rodeamos.

Francisco Tario

TODO TUVO SU ORIGEN

Todo tuvo su origen en el aburrimiento. Estas palabras, que Dostoievski pone en boca del narrador de *Memorias del subsuelo* y que constituyen uno de los mejores comienzos que quepa imaginar para cualquier historia o aventura, serían también el comienzo inmejorable de este escrito, de no ser porque el aburrimiento hoy parece abolido, se encuentra a un paso de ser desterrado de la superficie del mundo. Lo que alguna vez se consideró el «mal del siglo» está finalmente muy cerca de desaparecer, arrasado por el ingenio y la diligencia del hombre. El frenesí se ha apoderado de casi todas las actividades, el vértigo atraviesa las emociones, cada día sale a la venta un nuevo artilugio para matar el tiempo. Más información, más simultaneidad, más aceleración y más enlaces. Y todo delante de nosotros, todo al alcance de la mano. La misma saturación en la carátula del reloj de una jornada típica, atiborrada de citas, desplazamientos, compromisos, signada por la obligación de pasársela bien, de entretenerse a toda costa, impide que tenga lugar una pausa, esa merma de sentido que introduce el aburrimiento; cancela que la malla de las ocupaciones se rasgue de improviso y al menos por un instante, por un instante atroz, un instante estremecedor e imperdonable, liberados del cúmulo de cosas que creemos nos definen, alcancemos a entrever nuestro propio vacío.

Aunque rara vez estemos en condiciones de aceptarlo, la ansiosa batalla que se libra en todos los rincones contra el aburrimiento es la mejor prueba de su apogeo, el indicio de su vitalidad paradójica. La diversión elevada a un deber, la saciedad

entendida como recomienzo frustrante, la urgencia por alcanzar la insensibilidad frente al paso del tiempo: síntomas demasiado extendidos de una civilización que ha llegado a la cúspide de su ansiedad, que sitúa el trabajo por encima del ocio, el entretenimiento por encima de la contemplación, el estruendo por encima del silencio. Y todo porque cada vez estamos menos capacitados para soportarnos a nosotros mismos y no tenemos más remedio que convencernos de que, antes que encarar al aburrimiento, antes que lidiar con él y aceptarlo y mirarlo de frente sin apartar los ojos, estamos en condiciones de *vencerlo*.

ÚLTIMO MONSTRUO

La boca del aburrimiento abriéndose hasta formar un bostezo colosal, que amenaza con engullirnos. Esa boca desmesurada, en ese gesto interminable, es quizás el último monstruo auténtico, el último monstruo, al menos, que todavía despierta desconcierto y miedos atávicos, y que como todo monstruo parece estar al acecho en cualquier parte, agazapado detrás de los actos cotidianos: en un pliegue del sillón en el que nos acomodamos, al dar vuelta a la página del periódico, durante la espera de nuevas indiscreciones en las redes sociales.

Monstruo que en un bostezo se tragaría al mundo.
(Baudelaire)

Ya sea que comience como un fastidio vago, una inquietud superficial e indefinible, ya sea que termine convertido en un genuino desorden metafísico, la cualidad monstruosa del aburrimiento es tanto más apabullante puesto que en ella advertimos nuestra condición y destino: una forma rotunda e incontestable en que nuestras potencialidades, a tal punto adormecidas y casi olvidadas, toman cuerpo y nos acosan; una suerte de languidez en que sentimos el dolor de los pode-

res no utilizados, la amargura de los sueños malogrados, de los talentos que dejamos atrofiarse.

El tedio es la resultante de no haber ejercitado nuestras potencialidades; el remordimiento por no haberlas cumplido; la angustia de no ser capaces de cumplirlas. Pero ¿cuáles son esas potencialidades? (Connolly)

Monstruo de mil cabezas que debemos enfrentar una y otra vez, hidra bostezante que crece adentro de nosotros mismos, el tedio atraviesa el momento más álgido de su desprestigio, un rechazo y repudio universales que, en consecuencia, ha promovido la banalidad y la baratija en todas sus acepciones, tanto materiales como espirituales.

Como si abandonarse al hastío fuera la peor derrota, como si padeciéramos una auténtica fobia al tiempo vacío, hemos procurado cortar de tajo sus horrendas cabezas, convencidos de que por fin estamos decapitando lo que a lo largo de los siglos se ha considerado el mal del siglo, «la raíz de todo mal»; y de tanto empeño y furor que mostramos, casi hemos perdido de vista el motivo por el que en primer lugar comenzamos esta batalla insensata: la honda, incommovible pero nunca aceptada sospecha de que el aburrimiento es invencible, de que contra la hidra del aburrimiento todas las espadas son romas.

UNA TELA SOBRE EL ESPEJO

La desigual batalla contra el aburrimiento se parece al gesto de cubrir todos los espejos de la casa para no percatarnos de que nos volvemos viejos. Una manta extendida, por así decirlo, sobre el semblante de la muerte, que nos impida mirar a los ojos nuestra podredumbre íntima, el aburrimiento inaguantable de yacer en la tumba, para siempre en un solo lugar.

La avalancha de entretenimientos, espectáculos y paquetes vacacionales, la temporada de estrenos, gritos de la moda

y sustancias euforizantes que consumimos para derrotarlo —y que por momentos nos convencen de que efectivamente el aburrimiento ha sido abolido—, puede compararse con un pesado telón que dejamos caer sobre el vacío para no mirarlo de frente, una mordaza de terciopelo para acallar la enormidad del bostezo. Porque el aburrimiento es precisamente eso, un espejo, un espejo implacable que nos devuelve, tanto en las ideas como en las cosas, nuestra propia incapacidad.

Nada es tan insoportable para el hombre como estar en pleno reposo, sin pasiones, sin quehacer, sin diversión, sin cuidado. Siente entonces su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. Al punto saldrá del fondo de su alma el tedio, el entenebrecimiento, la tristeza, el mal humor, el despecho, el desespero. (Pascal)

A fuerza de repetir una serie de encubrimientos cuyo fin es negar la persistencia del malestar, nos hemos convencido de que el tedio ya no tiene asiento en nuestros corazones, de que en conjunto, como una conquista colectiva que debe reafirmarse a cada instante —tan frágil y amenazada nos parece—, hemos completado la borradura de una sensación insana, sin detenernos a considerar que cuanto más nos empeñamos en negarlo, cuanto más adoramos los ídolos de la diversión y lo interesante, más prolifera y se multiplica. ¿Pues no sabemos en el fondo, así sea de manera oscura e inconfesada, que justo cuando arremetemos en contra del aburrimiento, cuando procuramos apaciguarlo y domarlo con todos los medios a nuestro alcance, cuando nos rendimos a la urgencia de estar en cualquier otro sitio, lejos de su esfera maléfica, éste se vuelve más reacio y vigoroso, más obstinado y, por así decirlo, inapelable?

Contra el tedio hasta los propios dioses luchan en vano.
(Nietzsche)

La apresurada actualidad enfrenta de muy diversas formas a ese gran enemigo que es el aburrimiento: ya sea mediante la hipnosis a manos de una pantalla, el trabajo inagotable, los estados de conciencia alterados o las infinitas formas de entretenimiento a nuestra disposición, se trata ante todo de negarlo, de no aburrirnos nunca, de estar siempre ocupados en algo. No en balde George Steiner consideró a la modernidad como «la supresión sistemática del silencio».

Para conocerlo desde sus entrañas, el poeta y ensayista Luigi Amara se deja atrapar por sus fauces. Tras ser guiado por algunos de sus grandes intérpretes –notablemente Pascal y Montaigne–, resuelve encerrarse a solas con su aburrimiento en una habitación durante varias semanas, sin ningún juguete tecnológico para ayudarlo en el combate. Luego se administra una terapia de choque yendo a la capital mundial del entretenimiento, Las Vegas, donde encuentra que si el aburrimiento no es visible es tan sólo porque se encuentra en todas partes. Su descenso al inframundo del aburrimiento termina por ser un viaje iniciático para convertirse en miembro fundador de la Internacional Bostezante, única organización a nivel mundial creada para rendir culto al aburrimiento.

En *La escuela del aburrimiento*, Luigi Amara desnuda la ideología del aburrimiento, advirtiendo que el miedo que produce es en realidad mucho peor que cualquiera de sus encarnaciones: «Es el temor de quedar atrapados en un trabajo toda la vida, en un único “rol” social, en una misma relación de pareja: el temor de que el deseo se apague como prefiguración de la muerte. No moverse, estar en un confinamiento estanco, asfixiante, sin alternativas. Llorar en un cuarto oscuro porque intuimos que se parece demasiado a nuestro féretro».

